

EL PUEBLO

PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO, DEFENSOR DE LAS CLASES JORNALERAS

REDACCION Y ADMINISTRACION

Sacramento, 69, bajo.

SE PUBLICA TODAS LAS SEMANAS

DIRECTOR: RAMÓN LEÓN MAINEZ

SUSCRIPCIÓN

En Cádiz.—Una peseta al mes.
Fuera—Tres pesetas por trimestre.
Número suelto CINCO céntimos

¡GLORIA Á CASTELAR!

El gran orador; el sabio literato; el escritor inimitable por sus espléndidas riquezas de dicción, por su incomparable y maravillosa fecundidad, ha muerto. Un clamor universal de sentimiento se ha dejado oír en todo el mundo civilizado, como manifestación de duelo por la pérdida del talento esclarecido, gloria pura y legítima de la patria.

No ha habido excepciones ni diferencias en reconocer sus méritos, sus soberanas dotes como propagandista y escritor, sus virtudes cívicas, su alteza de pensamientos, su nobleza de propósitos, su labor incansable por difundir los santos ideales de libertad y regeneración.

Su portentosa inteligencia contribuyó, desde los albores de su juventud, á la emancipación y dignificación de los pueblos, habiendo sido uno de los más prestigiosos impulsores de aquel gran movimiento social y político que en 1868 quiso afianzar para siempre, á pesar de las malas artes del oscurantismo moribundo, los salvadores principios de justicia, de tolerancia, de verdad, de mejoramiento, de respeto á la conciencia, por los que tanta sangre derramaron y tantas persecuciones padecieron nuestros gloriosos antepasados.

Esas generales demostraciones de admiración y cariño de que ha sido objeto Castelar en su muerte, corresponden verdaderamente á sus grandiosos merecimientos y á su fama en cuanto político y publicista.

Como defensor de los ideales del progreso, deja un nombre inmortal en nuestra Historia, y aparte la diversidad de apreciaciones que pudieron motivar, en determinados momentos, algunos de sus actos, nadie podrá negar que la eterna aspiración de su alma fué el triunfo de los principios democráticos; y ha muerto como empezó y trabajó en los más gloriosos años de su vida, proclamando la excelencia de sus bienhechoras doctrinas sobre las iniquidades, las injusticias y las mentiras de los sistemas retrógrados, deshonra y mengua de los pueblos civilizados y libres.

Y como hombre de superior inteligencia, como milagro y nuevo monstruo de Naturaleza, su fama será imperecedera. Con ser tan largo y valioso el catálogo de los inmortales poetas, oradores, literatos y críticos que ha producido la España liberal en nuestro siglo; con ser tan insignes los nombres de los muchos pensadores, obreros de la civilización, que han contribuido con sus obras al esplendor de nuestra literatura y al crédito intelectual de nuestra nación, ninguno puede competir con Castelar en inventiva, en talento, en manera original de expresión, en tratar magistralmente todos los asuntos, en exponer las enseñanzas de la historia, en escribir con elocuencia, con magnificencia arrebatadora y sublime. Páginas de oro son en la historia de nuestra literatura contemporánea todos sus libros. Podrán otros superarle en lo castizo del lenguaje ó por los atildamientos rebuscados de elocución; ninguno podrá igualarle, mucho menos excederle, en la galanura sencilla de la frase, rotundidad de los periodos, abundancia de palabras, hermosura de los conceptos, oportunidad de las citas, ejemplos de la reflexión, esplendores de la sabiduría, aciertos de la indagación, hechizos soberanos del más peregrino ingenio.

Como dechados incomparables de rica y hermosa prosa española quedarán sus escritos. Como insuperables modelos de acabado y magnífico estilo castellano serán estudiadas sus obras.

Ha manejado el idioma patrio con la maestría de un Granada, con la alteza de dicción de un Mendoza, con las preciosidades de un Solís, siendo por su originalidad y su grandilocuencia único y sólo en la literatura española de nuestro siglo.

¡Gloria á Castelar!

Ramón León Mainez.

¿Quién es Polavieja?

Ya asomaron la punta de la oreja los jesuitas; ya los buhos y mochuelos de la reacción, los ensalzadores de la cogulla y panegiristas del hábito y de la coronilla rapada, sacaron el cuello y lanzaron graznidos de placer. Polavieja, el general de misa y patata, el mal ranchero de las letras, autor de un libro hecho por secretarios particulares y con documentos oficiales, no consintió que Castelar, el gran Castelar, el único é insustituible Castelar, tuviera en sus honras fúnebres tributos militares; los homenajes de la espada y de la pluma serán todos para Polavieja, para el protector del rosario en los cuarteles, de los frailes en Filipinas, de los jesuitas en Palacio. El, Polavieja, que aprendió á leer ayer mañana, que sabe el castellano de oídas, que no conoce más verbo que el verbo encarnado y cree que eso de encarnado es algo de color grana.

Hubiera muerto algún obispo de los que mascullan, destrozándolo, el idioma de Virgilio y de Cicerón; algún purpurado de los que administran bienes ajenos en provecho del propio; algún reverendo procurador de órdenes religiosas y hubiéramos visto á D. Camilo llenar la *Gaceta* de pomposos dilirambos y mandar que fueran todas las tropas en traje de gala á ocupar la carrera que hubiera de recorrer la comitiva eclesiástica; pero para Castelar, para Castelar, demasiado hace el gobierno con decir que fué ilustre y que murió en honrada pobreza... porque cuando dispuso de los bienes públicos no guardó un céntimo para sí, al contrario de tantos y tantos como han chupado la sangre del país hasta los huesos.

Nada importa que el mundo culto, la humanidad civilizada, sintiera inmensa conmoción moral con la muerte del gran tribuno; nada que Francia y Portugal é Italia é Inglaterra y las Repúblicas Americanas y los principales Estados de Europa y la representación diplomática en Madrid de todos los gobiernos, se apresuraran, en hermosa competencia, á hacer presente el dolor del mundo por la pérdida del defensor de todos los desvalidos, del gran hombre de Estado, de la más elocuente y grandiosa palabra de la humanidad; Polavieja es el tío Paco, el de la rebaja, y no consiente que acompañen los restos del orador, esos soldados á quienes él mismo mandó conducir al sacrificio, en una guerra cruenta é injusta, haciendo imposible toda conciliación, para que al fin y á la postre fueran todos prisioneros de los tagalos.

La familia Polavieja es sin duda alguna la que representa la reacción más afrentosa de España; el suegro del general cristiano pretende en Sevilla que se haga previa declaración de catolicismo para formar parte de una Cámara Agrícola; el cuñado, gracias á que es un zote y no sirve para nada más que para llamarse marqués,

por poco, si llega á desempeñar la Dirección general de Correos, no manda rociar la correspondencia con agua bendita; la mujer en traje de gala, baila rigodones *ad majorem Dei gloria*, en el Palacio de Buenavista el mismo día en que Castelar pasa para siempre á la inmortalidad.

¿En dónde están los prestigios de ese nuevo dictador? ¿Subió al ministerio por sus grandes dotes, por su inteligencia, por sus méritos propios é incuestionables? Nada de eso. Martínez Campos lo protegió y lo elevó, porque fué siempre ductil instrumento de su política; después, cuando quiso brillar con luz propia, no supo impedir en Cuba los preparativos de la insurrección separatista, arrebató en Filipinas toda la gloria al general Marinas y á Lachambre, y sólo supo elevar propuestas inverosímiles de recompensas para sus protegidos. El falso idolo que ha querido fabricar la reacción viene á tierra desde su pedestal deleznable.

Cuando, á la vuelta de algunos años, haya historiadores de este último lustro del siglo en que agoniza España, que rebusquen entre papeles los hechos del jesuita militar, sólo hallarán estos en los que se apoyará su nombre.

Fuésilo á Rizal, negó honores á Castelar é hizo Director general á un cuñado ignorante é inepto.

EL INICU TRIBUNAL LA ELOCUENCIA DE LA MENTIRA

El jesuitismo, corrompiendo conciencias y falsificando la historia, quiere á todo trance sostener las odiosas falsedades de una fé desacreditada y casi muerta; y para conseguirlo se vale de sus hechuras y protegidos con aparatos de dialéctica ó enunciación trasnochada, que no son en realidad de verdad sino sofismas y embustes, hace cien años confundidos y aniquilados.

A esta clase de sostenedores de absurdos pertenece el Sr. Galán, arcepreste de la Catedral de Cádiz, hombre de fácil charla, pero de poca crítica; especie de papagayo del púlpito, que repite las simplezas que le han inculcado ó en que buenamente ó por conveniencia aparenta creer para sus santos encumbramientos jesuíticos.

No es extraño, por consiguiente, que orador tan verboso, cuyo único mérito consiste en hablar mucho sin ton ni son, dijera el día de San Felipe unas pocas de tonterías desde el púlpito de la iglesia del mismo nombre, creyendo haber pronunciado una obra maestra de elocuencia, cuando sólo hizo desbarbar y cubrirse de ridículo, dejando muy satisfechos á algunos integristas hidrófobos, pero rebajado su crédito de orador sensato á la altura de cualquier fray Gerundio de Campazas.

Todos los aspavientos que hizo; todos los gritos que pegó; todas las sandeces que dijo; todos los infundios que soltó por su pecadora boca, no lograron persuadir sino la vanidad de su pretensión y el vacío de su cabeza.

Indignarse, enfurecerse, vocear como un carretero, proferir insultos, expresarse en tono de rufián para pedir no sabemos qué castigos contra los que pusieron y concienten una lápida conmemorativa de la abolición del inicuo tribunal de la Fé en una de las fachadas del templo donde peroraba, es perder lastimosamente el tiempo, decir pamplinas, pasar plaza de adocenado ignorante.

Hace ya un siglo que la cuestión está juzgada y definitivamente fallada. En el mismo tem-

plo donde él levantó su voz desautorizada para maldecir á los sabios y virtuosos varones que defendieron con la verdad los santos derechos de la personalidad humana y de la conciencia recta y bien dirigida; allí mismo, resonaron las palabras de vi-ta y cariño de eclesiásticos verdaderamente elocuentes y verdaderamente sabios, con la autoridad y el prestigio de que el señor Galán carece; y en aquel mismo recinto, que él profanó con sus destempladas amenazas y maldiciones, pidieron y consiguieron, después de amplia luminisísima discusión, la abolición del malvado Tribunal de la Fé, en nombre de la caridad, de la justicia, de la religión misma.

¡Tantos y tan pueriles escútipulos porque existe una lápida en la fachada de San Felipe donde se llama inicuo al tribunal de la Fé!

¿Y acaso no lo fué?

Con calificativos más duros debiera mentarse. No fué sólo inicuo. Fué inhumano, perverso, criminal, maldito. Fué un tribunal sanginario, que quiso imponer las creencias por los tormentos y las hogueras. Fué un tribunal miserable que corrompió las costumbres, santificó la hipocresía, persiguió á los hombres honrados, quemó á los propagadores de la verdad, convirtió los estudios en rutinas de la ignorancia, fué escudo de todo embuste y verdugo de toda investigación francamente crítica. Sus sentencias fueron infamias; sus condenaciones crímenes, sus persecuciones maldades. Con la realza fué la Inquisición causa principal de la ruina de la patria, queriendo concluir con todas las naciones imponiéndoles nuestra fé (ó la escrupulosa e hipócrita de los inquisidores) y sólo logramos que todas las naciones, no obcecadas por el fanatismo, nos persiguieran y dejasen reducida á España á las vergonzosas humillaciones de las postrimerias de la casa de Austria, origen de todas nuestras desgracias y reveses, después de costosas y sangrientas guerras por sostener neciamente que era la única verdad creer en sueños teológicos, en delirios de la mente, en duendes, en brujas, en apariciones de demonios...

No; no fué solo inicuo aquel tribunal de hienas. Fué malvado, deshonra del nombre español, origen de nuestra decadencia, baldón de nuestra dignidad, rebajamiento de nuestra conciencia, vilipendio de nuestro preclaro nombre español.

Es, pues, para los gaditanos cuestión de nobleza, cuestión de honra, que esa lápida conmemorativa se conserve, no en la fachada lateral donde está, sino en la principal, al lado derecho de la puerta misma del templo, donde los hombres más ilustres por su ciencia y sus virtudes se congregaron el año de 1815 para abolir un tribunal infame, inicuo, sanginario y maldito, que era la negación de las sacrosantas doctrinas de Cristo.

Sí, Sr. Galán, Cádiz tiene á orgullo el conservar allí ese recuerdo del más glorioso suceso de su heroica y liberal historia; y no sólo será para todos punto de honra el mantenerlo, sino que no pararán hasta que no sea convertido aquel templo tan famoso, como desea el elocuente republicano Sr. Labra, en monumento nacional, que debe ser la suprema aspiración de todo buen gaditano, aunque breme el Averno, vulgo el jesuitismo, y ruja Satán.

O séase Galán, que para el caso presente es lo mismo.

Nó. Ya las puertas del Infierno (el jesuitismo, el carlismo y el integrista) no prevalecerán contra la Ciencia y la Crítica.

Ya no sirve para nada la elocuencia de la mentira.

Y perdone el Sr. Galán el modo de señalar.

VÉASE LA 4.ª PLANA

EL APOSTOLADO DE LA VERDAD

CRÍTICA HISTÓRICA

(CONTINUACION)

Los habitantes del imperio, despojados por el fisco y los magistrados, reducidos á la última miseria, á pesar de la caridad, sin recompensa alguna á su humildad y mansedumbre, deseaban la invasión de los bárbaros como único remedio para poner fin á tantos males. Por último, la invasión de los bárbaros se verifica y éstos, y no la religión, son los que cambian la esclavitud en servidumbre: éstos y no la religión, cambian las costumbres: éstos y no la religión, destruyen la corrupción del pueblo romano. He aquí la influencia de la religión en los siglos de la antigüedad. Veamos si su influencia es más saludable en los tiempos feudales, en la Edad media.

La absoluta unidad política, la absorción del individuo por el Estado, origen de la decadencia y desaparición de la sociedad antigua, contrasta notablemente con el espíritu de absoluto individualismo que caracteriza la Edad media; y así como en el Imperio romano, el Estado lo era todo, en los tiempos feudales todo lo es el individuo. El desconocimiento de la libertad mata la sociedad antigua. Veamos como el desconocimiento de la igualdad destruye la organización de la Edad media, y como la religión y la Iglesia desconociendo la libertad individual y la igualdad social y pretendiendo solamente dominar el mundo por medio de la absoluta unidad espiritual, es decir, matando la conciencia humana y ahogando la inteligencia, contribuye á pesar suyo y aun sin darse cuenta, al advenimiento de una nueva época de cultura y civilización.—Así como en la sociedad antigua el derecho escrito lo era todo, en los primeros tiempos del feudalismo solo existía el derecho de la fuerza.—Entre pueblos errantes y feroces que acabados de salir de sus salvajes selvas, llevaban al través de inmensas distancias sus tiendas y familias, que se precipitaban como un torrente sobre los países que más les agradaban, arrojando de allí á los antiguos moradores, cuando no los reducían á la esclavitud ó no los sacrificaban á su crueldad, poco significado podían tener las palabras de razón, derecho ni justicia. De aquí que el derecho de venganza se encuentre en toda su brutalidad en el fondo de las leyes bárbaras.—Los pueblos invasores consideraban como un castigo, cuando no como una venganza la administración de justicia y haciendo honor á la verdad, preciso es reconocer la influencia de la Iglesia en la práctica del derecho. La Iglesia hace cambiar de carácter el crimen y el castigo; para ella, el perjuicio material no constituye el delito, la pena no tiene por objeto indemnizar al lesionado; considera el crimen como una violación de las leyes divinas y la pena como una expiación. Gregorio el Grande, escribe á San Agustín cuál debe ser la disposición de los eclesiásticos cuando hayan de castigar con rigor y dice: (Gregorio el Grande á San Agustín) «Que la caridad y no el furor les anime; que castiguen á los criminales porque los aman y con el fin de evitarles los fuegos del infierno, por medio de penas temporales.» El Concilio de Toledo, dice: (Concil. Toletan. c. 675, can. 7) «El objeto de la pena para corregir, es preciso emplear la benevolencia, más bien que la severidad, la exhortación en vez de las amenazas, la caridad en lugar de la fuerza.» Si cambiamos la relación espiritual en humana y el ideal divino en idea social, tendremos que reconocer que á la religión y á la Iglesia deberemos el principio en que hoy se fundan los modernos reformadores de la administración de justicia.

—Los obispos de los primeros siglos en el ejercicio de su jurisdicción eran hombres llenos de abnegación, animados por las máximas de la perfección evangélica y no ambiciosos que pretendieran usurpar el poder temporal.—Pero ¡ah! que esta saludable influencia se pierde al fin y llegando la corrupción de la Iglesia hasta el ejercicio del derecho, se convierte en objeto de lucro, y ya en el siglo XIII los jueces eclesiásticos exigieron los mismos derechos que los jueces laicos; lo que hasta entonces había sido una obra de caridad se convirtió en motivo de explotación: la ambición y el deseo de dominar, reemplazaron á las virtudes evangélicas. La Iglesia, más celosa de su jurisdicción que de su poder espiritual protestaba contra la opresión cuando se intentaba poner límites á sus empresas, protestas que se dejaron oír en los Concilios de los siglos XIII y XIV.—En el siglo XIV, los jueces eclesiásticos impedían que las partes contendientes, se pusiesen de acuerdo, ya por concupiscencia ó ya por ambición.—Todo el que moría sin dejar una parte de sus bienes á la Iglesia se le calificaba *inconverso* y era privado de la comunión y de la sepultura; si moría sin hacer testamento era preciso que los parientes obtuviesen del obispo, que nombrase árbitros para que en unión de ellos fijasen lo que el difunto hubiera debido dar en el caso que hubiera hecho testamento. Tal estado de cosas hace decir á Fleury en su discurso sobre la historia eclesiástica: (Fleury. Discurso sobre la historia eclesiástica. VII, 10). «Parecía que la jurisdicción se había convertido en tráfico que Jesucristo había venido al mundo para enseñar á los hombres nuevos medios de ganar y enriquecerse.» En los siglos XIV y XV, la sociedad civil se constituye en los grandes estados europeos y los reyes de acuerdo con los parlamentos, quitaron á la jurisdicción eclesiástica la mayor parte de sus atribuciones, reduciéndolas á los asuntos espirituales y de disciplina.

Lejos de influir la religión y la Iglesia para combatir el feroz individualismo y la división de clases de la Edad media, la Iglesia se deja influir y dominar por espíritu tan injusto é inmoral.—Así vemos que en los primeros tiempos de feudalismo, la Iglesia

tenía en su organización instituciones democráticas.—El papado cuya institución responde al fin de unidad absoluta que la religión y la Iglesia se proponen, era el resultado de la elección ó del sufragio. Así se ve que á Inocencio IV y Alejandro IV, heredero el uno y descendiente el otro de condes, sucede Urbano IV, hijo de un zapatero. Los obispos eran también electivos. primero por el pueblo y después por los capítulos ó el Papa. Se ve bien que el elegido ó era el más capaz ó más digno, sin tener para nada en cuenta la diferencia de clases.—Pero al fin, el feudalismo, hizo sentir su influencia en esta organización y á pesar de que los papas combatieron los privilegios en este sentido, las preocupaciones fueron más fuertes y en el siglo XII habiendo nombrado el papa sacerdotes distinguidos por su ciencia y honradez al capítulo de Treves, los cánones se opusieron á su admisión, porque se habían comprometido por un acto solemne á no admitir más que nobles.—Y como si esto no bastase á confirmar que la Iglesia sancionó y legitimó la división de castas y de clases, oigamos la opinión de San Buenaventura. (Bonaventura. Quæst circa, Regulam San Francisci XXIII T. J., p. 388). «¿Acaso Dios no ha colocado en este mundo á los ricos en un orden superior que á los pobres? Honrar á los poderosos es, por consiguiente obedecer la voluntad de Dios.» Así, por consiguiente, el hecho se exige, en derecho divino, en una época en que el hecho era el resultado de la fuerza bruta.

Ya he visto cuán nula fué la influencia de la religión en las costumbres y moralidad de la sociedad antigua; mejor dicho: ya hemos visto cuán corruptora fué su influencia. Veamos ahora si en la Edad media cambia de carácter.—Veamos aun prescindiendo de la gerarquía eclesiástica, incompatible con el precepto de la humildad evangélica; aun prescindiendo de la pobreza y completo desdén de las necesidades materiales; prueba del desprecio de los goces terrestres incompatibles con la aspiración de goce ó recompensa espirituales, prescindiendo de todo esto repito, vamos á ver de qué modo practicaba la Iglesia la caridad, la humildad, la mansedumbre y el desprecio de goces terrenales; y como quiera que deseo no atribuyan á mi apasionamiento el juicio que haya de formar, me limitaré á repetir las palabras de San Damiano, refiriéndose á las costumbres de los obispos. (Damiani. Opusc. XXXI, 6. T. III, p. 239. Traducción de Fleury) «No es para subvenir á las necesidades de la naturaleza para lo que buscan las riquezas, sino para que las vasijas llenas de manjares dejen aspirar su perfumado aroma y para que el dulcificado vino brille en vasos de cristal, á fin de que en todas partes donde se encuentren se cubran las tapias y los techos de sus cámaras con magníficas pinturas y sus asientos con ricos tapices. Sus camas están adornadas con más riqueza que los altares. La púrpura es considerada pobre y sencilla y emplean en sus vestiduras telas de diferentes colores. Se desprecia la piel de los corderos y se hacen venir de lejos las de mara y armiño, y no hablamos de las capas adornadas de oro y pedrería, de las cruces completamente cubiertas de oro y de los anillos cargados de gruesas piedras preciosas; y como comprobación de este estado de cosas, de estas costumbres evangélicas, oigamos lo que dice San Bernardo acerca del mismo asunto. (San Bernardo. Epist. 42. De officio Episcoporum, 11, 6, 7). «Decidme, obispos: ¿á qué sirve el oro en los frenos de vuestros caballos? Los que están desnudos, los que sienten hambre, dicen conmigo: Obispos ¿á qué sirve el oro en los frenos de vuestros caballos? Acaso ese oro mitiga el frío y calma el hambre? Lo que prodigáis son nuestros bienes, vuestros gastos vanos y superfluos, son un robo cruel... Nuestra vida sirve para alimentar vuestros profusiones» y si esto no basta oigamos á Petrus Blesensis, que dice lo siguiente: (Petrus Blesensis. Serm. 12, in Quadrag.) «¿Quiénes son los que todos los días comen en medio de delicias? Los curas ¿Por quién se recorre la tierra y el mar en busca de manjares exquisitos? Por los curas... Somos falsos hermanos de Jesucristo. Los bienes que deberíamos distribuir á los pobres, contentándonos con lo necesario, los empleamos en alimentar nuestra intemperancia.» Y, por último, sigamos el ligero, pero vivísimo cuadro en que Balmes pinta la sociedad de la Edad media. (J. Balmes. Observaciones sociales, políticas y económicas, sobre los bienes del clero. P. 53 y 55.) «Esa desigualdad excesiva, ese desmedido acumulamiento de poder y riquezas que convierte la sociedad en una fuente de comodidades y regalos para pocos y en un campo de sudor, de trabajos y de abatimiento, para el mayor número, estaba en el feudalismo, que arraigado con la costumbre, sostenido por la fuerza, rodeado de títulos y de leyes, y escudado por la ignorancia, se levantaba en medio de Europa como un negro gigante, armado de toda la ferocidad de los bárbaros del Norte y desvanecido con todo el orgullo de los antiguos magnates del Imperio... el feudalismo alegaba sus derechos feudales, y la Iglesia como á Señora también mostraba los suyos; el feudalismo ostentaba riquezas, el clero ostentaba las suyas; el feudalismo desplegaba soberbio lujo en blasones, insignias, ricos trajes, magníficas viviendas y numerosa muchedumbre de esclavos y dependientes; y el clero la contrastaba con la magestad del culto, con opulentas abadías, suntuosos monasterios, encumbradas cúpulas, anchurosos y magníficos templos y no menos numerosa muchedumbre de adictos y dependientes.»

Para que la paz y la fraternidad humana fuesen un hecho bajo el punto de vista del Cristianismo, sería preciso como condición precisa, que el Cristianismo fuese la religión universal y sin embargo, no lo es, mejor dicho: el Cristianismo es la religión

de la minoría. Según la Iglesia, la guerra es legítima cuando se trata de convertir pueblos, que no son cristianos, y aun la considera como un deber, cuando la conversión es posible por las armas. Y aunque en teoría, generalmente la Iglesia ha rechazado la fuerza como medio de conversión, en la práctica, la ha usado siempre que ha podido disponer de ella.

La paz cristiana conduce por consiguiente á la guerra universal. Entre el derecho de gente de la antigüedad y el del cristianismo en la Edad media, no hay más diferencia que la hostilidad de razas se reemplaza, por la hostilidad de las religiones. La identidad de la fé religiosa, del mismo modo que la unidad de razas, como base de un derecho de gentes, son dos principios igualmente falsos.—Así vemos á la religión en nombre de un Dios de amor y fraternidad, torturar, mutilar y asesinar á todo pueblo judío, porque no reconocen en Jesús al Mesías anunciado por los profetas.—La Iglesia odia á los herejes más aun que á los judíos, porque amenazan su existencia ó comprometen su dominación; y en nombre de una religión de amor y fraternidad, les hace una guerra cruel en los campos de batalla, y una guerra más cruel y más odiosa todavía, en los tribunales de la inquisición.—Los infieles poseen la tierra santa, la ciudad en que Dios vivió, predicó y murió, y la Iglesia arma la cristiandad entera para conquistar su sepulcro; y durante dos siglos la sangre corre á torrentes en nombre siempre de una religión de caridad y de paz.—La Iglesia es una institución divina; el Papa es el representante de Dios y oponerse á él es oponerse fuera de la fé, y en tanto que la cristiandad vierte su sangre en Asia para conquistar el sepulcro de su Dios, la Europa se ensangrienta con la lucha entre el Imperio y el Papado. Y como si los hechos no bastasen, vienen á completar el espíritu religioso acerca del principio evangélico de la fraternidad humana, las siguientes palabras de San Bernardo: «Los caballeros de Cristo pueden seguramente combatir á los infieles, puesto que combaten por Dios. Dar ó recibir la muerte, no es un pecado para ellos; es una acción de las más gloriosas. Son los ministros de Dios encargados de ejercer su venganza; la muerte que dan, aprovecha á Cristo; al hijo de Dios le agrada recibir la sangre de sus enemigos y se encuentra glorificado con la muerte de los paganos.»

SEÑORES: En la noche anterior procuré demostrar que la religión y la Iglesia habían sido no solo impotentes para abolir la esclavitud antigua, sino que al considerarla de divino origen ha venido á perpetuar la diferencia de castas; procuré demostrar que su influencia para regenerar al pueblo romano y moralizar las costumbres de la antigüedad había sido completamente nula y aun corruptura; demostré recordando los hechos históricos que la invasión de los bárbaros y no la religión ni la Iglesia, fué lo que abolió la esclavitud y cambió de raíz leyes y costumbres; procuré demostrar que la influencia de la religión y la Iglesia para moralizar las costumbres de la Edad media, había sido tan ineficaz, mejor dicho, tan corruptura, como lo fué en la antigüedad: que la religión y la Iglesia, lejos de realizar los dogmas de igualdad y fraternidad humana, habían hecho mayores las distancias que separan á los pueblos; había desarrollado los odios y malas pasiones entre los hombres á la diferencia de castas, había sustituido la diferencia de religión. Réstanos, pues, recordar cual fué su influencia en la abolición de la servidumbre.

Yo podría con el testimonio de la historia y de los santos padres de la Iglesia, como hice la noche anterior, demostrar que la religión y la Iglesia han sido contrarias ó se opusieron tenazmente á la abolición de la servidumbre; pero en obsequio á la brevedad y para no molestar vuestra atención, recordaré solamente que las aspiraciones del imperio, queriendo utilizar su ideal de unidad temporal, dan lugar fatalmente y sin darse cuenta de ello, al espíritu de libertad que se inicia en el siglo XII y se desarrolla en los siglos sucesivos con el movimiento municipal y las nacionalidades, y que se manifiesta potente y triunfante á fines del pasado siglo con la revolución francesa. Si tenemos en cuenta que las municipalidades vienen aboliendo uno á uno todos los privilegios señoriales que disfrutaba en alto grado la Iglesia, fácilmente se comprenderá que ésta en nombre de la religión había de oponerse tenazmente á aquel movimiento. Regístrese la historia, y se verá que los obispos y los papas, con la excomunicación unas veces, y con la fuerza otras, se han opuesto siempre y con tenacidad al movimiento municipal y por consiguiente, á la abolición de los privilegios señoriales y de la servidumbre. En confirmación de este espíritu y así como en la noche anterior tuvimos ocasión de recordar en las palabras de San Pablo la opinión de la Iglesia y la religión respecto á la esclavitud antigua, recordemos esta noche con palabras de Santo Tomás de Aquino la opinión de la religión y de la Iglesia respecto á la servidumbre de la Edad media.

(Santo Tomás, sobre San Pablo á los Corintios T. XVI, p. 64, v. 10.)

«Verdad es que todos los cristianos son hijos de Dios y libres como tales; pero significa esto acaso que se deba emancipar á los siervos? No, pues Jesucristo no quiso hablar nunca más que de libertad espiritual y no de libertad carnal; y aun cuando pudiesen ser libres, deberían preferir la esclavitud porque predispone mejor á la humildad.»

He aquí, señores, de qué manera la religión y la Iglesia abolieron la servidumbre. Así como la esclavitud antigua fué abolida por la invasión de los bárbaros, así la servidumbre de la Edad media fué abolida por el espíritu de libertad que se inicia el siglo XII y triunfa el siglo XVIII, con la revolución francesa.

Y viniendo á la época presente, creo, señores, no necesitar pintaros cuadro de costumbres, ni daros una idea de la moral. Hablen por mí las estadísticas y los tribunales de justicia. Las costumbres de esta sociedad á la vista de todos se pasan y no es necesario perder el tiempo en relatarlas. El problema mismo que discutimos y que está plantea-

do en todos los países del mundo, denuncia la falta de moral y de justicia. Y en la época presente en que la religión y la Iglesia viven tan solo de recuerdos del pasado, ¿cuál es su influencia para moralizar las costumbres? ¿Qué soluciones dan al problema social? Ninguna. Y cuando obligadas á dar pruebas de su existencia, siquiera no sea más que movidas por el instinto de conservación, se ven obligadas á manifestarse, lo hacen con la proclamación de un nuevo dogma, ante el cual retrocedió la credulidad de la Edad media y como si esto no bastase, para divorciarla de la época presente, olvidándose que un siglo de filosofía ha esparcido la incredulidad por todo el mundo, proclama otro nuevo dogma, del cual se ríe la humanidad; y como si no fuese bastante el ponerse frente á la conciencia, lanza un imprudente reto á la inteligencia y al progreso del presente siglo publicando el Syllabus, que condena la una y anatematiza el otro. ¿Y cómo, señores, la religión ni la Iglesia tan debilitadas han de poder resolver el gran problema de la sociedad presente? ¿Cómo han de reformar las costumbres y la moral de esta sociedad, cuando en la Edad media, época en que la Iglesia y la religión concentraban en sí toda la fuerza, todo el poder y la influencia toda, lejos de moralizar, lejos de realizar el bien y los preceptos evangélicos, hemos visto que su influencia fué contraproducente y perniciosa?

(Concluirá.)

LA REACCION INTEGRISTA

NECEDADES DEL SR. GALAN

Teníamos formada más elevada opinión de las dotes del Sr. D. Juan Galán y Caballero, arcipreste de esta Catedral y le concedíamos elocuencia, razón y juicio recto y severo.

Le apreciábamos, porque no lo teníamos por un hombre vulgar; pero todas estas levantadas condiciones que le concedíamos vino á echarlas por tierra el día de San Felipe con su monstruoso descenso en el templo de su nombre, con motivo de la festividad del santo.

Nosotros, aficionados á la oratoria así sagrada como profana, que hemos oído en aquella catedral á hombres tan eminentes como el canónigo Lara, don Servando Arboli y otros, tan cristianos, tan católicos y tan ilustrados como el señor Galán, nunca oímos á ninguno lanzar la colección de improperios que éste, contra las Cortes de Cádiz, ni epítetos tan sarcásticos y groseros como los proferidos por este infatuado señor, referente á la lápida que está en el muro exterior. Decía el arcipreste, que en aquel templo se había profanado el nombre Cristo! El sí que lo ha profanado con su estúpida diatriba.

Nos abemos como recibirán esas necedades los sacerdotes que ante hemos citado y cómo lo han consentido los prelados que han regido esta diócesis.

Siempre fué atributo del saber la moderación en el lenguaje y el uso de las buenas formas, pero por lo visto, el Sr. Galán con sus exageraciones ha querido ganar puesto preminente entre carlistas é integristas y beatas, perdiendo, en cambio, en el concepto público de las personas sensatas.

Está visto que á la sombra de la complacencia que el gobierno dispensa á esta reacción mansa, los neos ganan terreno, y como gente ignorante y fanática quieren (aunque confiamos en que no lo conseguirán) se cometa el acto sacrilego de arrancar del muro exterior del templo de San Felipe, la lápida conmemorativa del glorioso suceso de haber funcionado en él las Cortes más patrióticas y liberales y sabias que han existido en España.

Nosotros, como hijos de esta ciudad invicta, protestaremos una y mil veces contra semejante pretensión, que nos rebaja al nivel de los pueblos bárbaros.

UN REPUBLICANO, HIJO DE CÁDIZ.

AL SR. GOBERNADOR

EXCMO SEÑOR:

Lo blanco es blanco y lo negro, negro ha de ser, ó de otro modo berrar ó quitar el blanco: ó mejor dicho: ó la ley de asociaciones se cumple ó en ese gobierno se prohíben asociaciones constituidas ilegalmente, que vienen explotando á los obreros de Cádiz.

Hace más de un mes que demostramos, con citas legales y ofrecimos probar toda la denuncia, que la sociedad la *Humanitaria* había faltado y faltaba abiertamente á lo legislado y que al amparo ó parapetada con la ley de asociaciones cometa todo género de abusos y especulaciones, sin que hasta la fecha se haya ordenado por V. E., ni blanco ni negro ni formar el oportuno atestado en averiguación de lo que en ese negociado de asociaciones resulte.

¡Hay que hacer algo por la regeneración porque esos caballeros están muy engreídos y bravos! y precisa ser rezto ¿estamos?

1559---1899

VELAZQUEZ

TERCER CENTENARIO

Su tiempo — Comienzos de su carrera. — Velázquez en Madrid. — Su amistad con Rubens. — Viajes a Italia. — Su enfermedad y su muerte. — Mérito de Velázquez. — Breve noticia de sus obras. — Conclusión.

Reinaba Felipe IV en España, aquel monarca llamado el Grande por sus cortesanos, y del cual decía el ingenioso Quevedo aludiendo a la pérdida de Portugal y de otras comarcas españolas: «Es grande como un hoyo, que aumenta su tamaño mientras más tierras le quitan, cuando comenzó a brillar el coloso de la pintura, el gran Velázquez.

Destacábase su noble figura sobre el fondo lleno de negruras de aquella época de ignorancia y corrupción. Decaía la cultura nacional por momentos, y agonizaba España miserable y podrida. Era general el envilecimiento.

Claro es que el prodigioso pintor no pudo desarrollar en este impuro ambiente asuntos elevados y sublimes en sus cuadros. Salvo contadas excepciones (cuadro de Las Lanzas), representa triviales escenas, retratos de personas, en su mayoría tan desprovistas de mérito, que hoy no tienen otro que el haberle servido de modelo. En suma: casi todas sus obras fueron encargadas por quien le pagaba, no hijas de su libre inspiración. De haber sucedido de otra manera, Velázquez hoy sería considerado como el primer pintor del universo.

Datos estos antecedentes de la sociedad que rodeó a mi ilustre biografiado durante su vida artística, apuntaré algunos datos relativos a sus primeros pasos en el divino arte.

Ninguno de sus biógrafos consigna el día de su nacimiento, estando casi todos conformes en que fué bautizado el 6 de Junio de 1599 en Sevilla, como hijo legítimo de Juan Rodríguez de Silva y de Jerónima Velázquez, con el nombre de Diego Rodríguez de Silva Velázquez, si bien en algunos escritos oficiales se le designa Diego Velázquez de Silva, y así le llaman la mayor parte de los escritores españoles y extranjeros que de él se han ocupado.

Muy niño mostró extraordinaria afición y rara aptitud para el dibujo, que después se convirtió en vocación decidida, haciéndole abandonar los comenzados estudios de las letras y la filosofía al poco tiempo de emprenderlos por obedecer a sus padres.

Recibió de Herrera el Viejo, pintor rudo en sus obras y desabrido en su trato, las primeras lecciones, no se sabe durante cuanto tiempo, pero o acabó por dejarle aburrido de su carácter desapacible. Tomó entonces por maestro y trabajó en su taller durante cinco años, a Francisco Pacheco, célebre ya por sus obras, de genio contrario y dotes pictóricas muy diferentes a las de Herrera. Ninguno de estos dos artistas influyó en la manera tan original y verdadera de ver y reproducir la naturaleza, que siempre fué el distintivo de su discípulo, quien desplegó muy en breve sus maravillosas facultades imitativas.

Sin duda su maestro Pacheco adivinó en él lo portentoso de su genio, pues lejos de ofenderse por su independencia en el estudio, le dió su hija en matrimonio. Casó Velázquez en 25 de Abril de 1618 con doña Juana Pacheco, siendo fruto de este enlace dos hijas, Ignacia y Francisca, casada después esta última con uno de los mejores discípulos de su padre, Juan Bautista del Mazo, quizá el único que imitó y copió bien a su maestro.

Velázquez no tiene mala época en sus obras como todos los pintores, incluso el mismo Murillo. Claro es que adelantó progresivamente; pero sin duda alguna sus primeros lienzos desmerecen muy poco de los ejecutados durante su apogeo. Eutusiasta en su primer estilo del Greco y de Tristán, á veces los imitó en sus cuadros de entonces, pero firme en el propósito de no supeitar su genio á ninguna escuela, no tuvo después otro guía que el estudio y la perenne contemplación de la naturaleza.

Mucho se ha discutido sobre si merece Velázquez el primer puesto entre los pintores españoles, ó debe dársele á Murillo. Sobre este punto están muy divididas las opiniones á consecuencia de ser ambos artistas indudablemente los de más valer y nombradía que hemos tenido en España, y también por la circunstancia de que fueron contemporáneos y amigos.

No es posible decidir en justicia cuál tiene mayores méritos, por tratarse de dos genios tan distintos y tan perfectos en sus respectivos géneros, que con razón merecieron los calificativos de pintor del cielo Murillo, y de la tierra Velázquez.

En 1622, acompañado de su fiel esclavo Juan Pareja, que después se reveló como pintor no-

talde, llegó á Madrid con ánimo de abrirse camino y luchó en vano para conseguir el honor de retratar al monarca; pero ni siquiera pudo verle, volviendo á Sevilla desanimado, después de hacer un magnífico retrato del célebre poeta Góngora.

Algunos personajes influyentes en palacio consiguieron al año siguiente que fuera llamado á la corte por orden del rey, recibiéndole éste á su servicio en 6 de Octubre del mismo año y asignándole 20 ducados al mes. Hizo á su llegada tan notable retrato del canónigo Fonseca, que, visto por Felipe IV, se apresuró á servirle de modelo.

Por este tiempo pintó el magnífico retrato ecuestre del rey, admiración de todo Madrid y sólido cimiento de su reputación, pagándole aparte desde entonces cuantas obras se le encargaran y señalándole una pensión de 300 ducados, con otras mercedes que obtuvo por sus triunfos.

Creció su fama en 1627 cuando venció á sus rivales los pintores Caxés, Nardi y Carducho, con su cuadro Expulsión de los moriscos (perdido) en el concurso celebrado, valiéndole este trabajo y otros muy notables un humilde cargo en palacio ofrecido al triunfador y poco después la friolera de doce reales diarios y un traje cada temporada! Lo mismo que se hace hoy con un criado de casa grande.

En 1628 llegó á Madrid el célebre autor del prodigioso Descendimiento de la Cruz, que se conserva en la catedral de Amberes, el gran Rubens, genuino representante de la escuela pictórica de los Países Bajos, y no tardó en conocer y admirar á Velázquez, que también lo acogió con singular cariño, prodigándole su amistad. Sin duda el pintor extranjero animó y aconsejó al español que fuese á Italia para estudiar y copiar los grandes maestros, pues Velázquez, sin pérdida de tiempo, poseído de un ardiente deseo de llevar á efecto tal viaje, arregló sus asuntos y se puso en camino con algún dinero que le facilitó el Conde-Duque de Olivares y provisto de varias cartas de recomendación. Partió de Barcelona el 10 de Agosto de 1629 acompañado de Pareja, que ya no era esclavo, por haber descubierto el mismo rey su disposición para la pintura y haberle dado Velázquez la libertad aconsejado por el monarca, y llegó á Roma después de algún tiempo de estancia en Venecia, estudiando y copiando al Tintoretto, Tiziano y Veronés. Pintó algunos lienzos abismándose en el estudio de las obras del divino Rafael y pasó á Nápoles, donde intimó con Ribera, hizo poco y meditó mucho.

A su regreso á la Corte trabajó afanosamente en obras de grandes alientos, tales como el cuadro vulgarmente llamado de Las Lanzas y el retrato de nuestro inmortal satírico Quevedo.

Encargado por el rey de cierta comisión artística, volvió á Italia después de dieciocho años de residencia en Madrid, donde pintó un magnífico retrato, estudio mejor dicho, de su criado Pareja, y otro asombroso del Papa Inocencio X.

A su vuelta á España recompensóle el rey nombrándole aposentador de palacio, puesto que había pretendido Velázquez, concediéndole más tarde el hábito de Santiago, pasando por alto la falta de algunas pruebas de nobleza que se esperaban de Portugal. En verdad que la nobleza de su talento no necesitaba de ningún pergamino.

La agitación y falta de reposo que á sus años le ocasionó un viaje precipitado que por razón de su cargo de aposentador tuvo que verificar hasta Irún, fueron causas suficientes para quebrantar su salud seriamente, amenazada el 10 de Junio de 1660, en que fué atacado de unas fiebres malignas que acabaron con su existencia.

Murió en 6 de Agosto del mismo año á los sesenta y uno de su edad, rodeado de su mujer, que sólo le sobrevivió siete días, sus hijas, el pintor Mazo su yerno y uno de sus íntimos amigos. Verificóse su entierro con gran pompa, dándole sepultura en la Iglesia parroquial de San Juan, que hoy no existe. «Sus restos se han perdido, como si se tratase del más obscuro de los seres!...

Don Jacinto Octavio Picón, gran escritor y muy entendido en literatura y bellas artes, dice en una de las mejores biografías que de Velázquez se han hecho: «Si la pintura es tanto más excelente cuanto aparece más verdadera, Velázquez es el primer pintor del mundo.» Nada más cierto; Velázquez se inspiró en los objetos de la naturaleza, consiguiendo completo dominio sobre la forma, y llevó á todos los géneros la verdad de su paleta: pintó con igual éxito la historia, la religión, los retratos, ya á pie, ya á caballo, de toda clase de personas, paisajes, interiores, animales y vegetales, etc., sin imitar á nadie. Traslado á sus lienzos la naturaleza, no la bella naturaleza, pero dejando en ellos algo viviente de su alma.

Su dibujo no tiene más recurso que la sencillez; su color es sobrio; su manera propia no la modifican ni sus favoritos Tristán y el Greco,

ni sus amigos Rubens y Ribera. Son tales las perspectivas de sus cuadros, que en ellos cada cosa tiene su justa posición y término. El aire ambiente, por su transparencia, es la realidad misma. En esto es prodigioso, insuperable. Finalmente, sus lienzos retratan el decaído nivel intelectual y moral de su época mejor que la historia misma, advirtiéndose en ellos ligero tinte de ironía.

Pasan de 60 los cuadros que de su mano hay en el Museo del Prado, pudiéndose asegurar que pocas de sus obras están en el extranjero. Algunas se perdieron en incendios.

Aunque todas ellas merecen citarse, la breve extensión de estos apuntes sólo permite consignar los títulos de las más notables y una sucinta reseña de las que se consideran importantísimas.

Entre los retratos (todos buenos) son los mejores los de Felipe IV, de las reinas Isabel de Francia y Mariana de Austria, de los infantes Margarita y Baltasar, así como también los del Papa Inocencio X, Conde-Duque de Olivares, Góngora, Quevedo, Fonseca y Pareja.

De asunto religioso, el martirio de San Esteban y el Cristo en la Cruz: éste muy superior al anterior. Asombroso cuadro que entristece el alma con la majestad lúgubre y solemne de la muerte del justo.

Muy notables son también la Adoración de los Pastores y la de Los Reyes, El Aguador de Sevilla, regalado á Wellington por Fernando VII, Mercurio y Argos, La túnica de José, La fragua de Vulcano, Coronación de la Virgen y Visita de San Antonio Abad á San Pablo, primer ermitaño, magnífico lienzo éste de sus últimos tiempos, en el que tanto admiran las figuras como el paisaje que les sirve de fondo.

Pasan por ser las obras más notables y célebres de Velázquez, conocidas en todo el mundo, las siguientes:

Las Hilanderas.—Cuadro de los últimos tiempos del autor. Representa un taller de una fábrica de tapices, en el que se ven algunas obreras y varias damas que examinan sus trabajos. Está compuesto en claro oscuro con efectos maravillosos de luz y perspectiva. Las figuras son de cuerpo entero y tamaño natural.

Cuadro de las Meninas, antiguamente llamado de la familia. En él aparece Velázquez ejecutando en un gran lienzo los retratos del rey y de su segunda esposa doña Mariana de Austria. Estas dos figuras, que se suponen situadas fuera del cuadro, se ven reflejadas en el espejo de una de las paredes de la estancia. Además, formando artísticos grupos están representadas la pequeña infanta doña Margarita María con algunas damas, una pareja de enanos y un hermoso perro: Todo es palpable en esta obra del último estilo del autor, calificada por Giordano como la teología de la pintura. Puede decirse que molesta su luz y materialmente respiran y hablan aquellos personajes.

Los borrachos, Reunión de bebedores ó Cuadro de Baco: sobre una cuba está sentado el rey de una cofradía de rufianes beodos, desnudo y coronado de hojas de parra. Unos cuantos borrachos de sastrados le rodean y á sus pies se arrodilla otro tunante, que recibe con gravedad cómica la patente y dignidad de borracho. Este cuadro, genuina escena de costumbres de la escuela española del siglo XVII, es prodigioso á pesar de pertenecer al primer estilo de Velázquez, y cuanto yo dijera encomiando sus bellezas quedaría por bajo de la realidad.

La Rendición de Breda, cuadro vulgarmente conocido con el nombre de Las Lanzas. Dejó para terminar la brevísima reseña del lienzo, que mejor me parece entre todos los del inmortal artista, tanto por el asunto elegido digno de su pincel, como por su magistral composición y desarrollo. Escogió Velázquez para esta obra lo mismo que el aragonés José Leonardo, su contemporáneo, que también (muy por bajo respecto á su mérito) pintó el mismo asunto, el momento en que el gobernador holandés entrega al marqués de Spínola, general español, las llaves de la plaza capitulada. El primero, en actitud respetuosa, presenta las llaves con la diestra al caudillo vencedor, y éste, con noble ademán, poniéndole su mano sobre el hombro, parece dirigirle palabras lisonjeras por la heroica defensa sostenida. En segundo término se ven los demás generales y oficiales superiores de Spínola, así como también la escolta de flamencos de Justino de Nassau, sirviéndoles de fondo el campamento, la plaza, las líneas de ataque y el campo con sus variados accidentes y perspectivas. Las figuras son de tamaño natural.

Es digna de admiración entusiasta esta grandiosa obra, ejecutada hacia el año 1647 para el Salón de Comedias del Palacio del Buen Retiro, pues son en ella tan verdaderos el cielo nebuloso, propio de los Países Bajos, el suelo húmedo y frío, los personajes tan reales y expresivos, que cuesta trabajo al espectador convencerse de que todo es una ficción de la pintura.

Cierro estos apuntes biográficos del pintor Velázquez, gloria imperecedera de nuestra patria, manifestando que los escribí impulsado por el deseo de que el pueblo conozca, aunque ligeramente, á uno de los hombres que honran el espíritu humano. Otros más eruditos y de mejor cotadas plumas que la mía se ocuparon de este asunto detalladamente, para aquellas personas que por su mayor cultura deseen ampliar las anteriores noticias.

RAFAEL CAMPILLO Y DEL HOYO.

Madrid 1899. (1)

(1) INDICACIONES BIBLIOGRÁFICAS REFERENTES

Á VELAZQUEZ

- ESCRITORES ESPAÑOLES.—Pacheco (Francisco). Arte de la Pintura.—Palomino (Acisclo Antonio). Vidas de los Pintores.—Ceán Bermúdez (J. A.). Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España.—Madrado (Pedro). Catálogo del Museo del Prado.—Beruete (Aureliano). Velázquez. Preface de M. Léon Bonnat, illustrations par MM. Braun, Clements y C^o.—Paris.—H. Laurens, 1898.—Zurco del Valle.—Aranjo.—Cruzada Villamil, Octavio Picón.
- ESCRITORES FRANCÉSES.—Lefort (Paul). Velázquez.—Michel (Emile).—Viardot, Maravillas de la Pintura.
- ESCRITORES INGLESES.—Stevenson, Walter Asplundg.—Stirling (Sir William).
- ESCRITOR NORTEAMERICANO.—Curtis, Catálogo de las obras de Velázquez 1883.
- ESCRITOR ALEMÁN.—Jusu (Carl). Velázquez y su época (el trabajo más notable de los publicados hasta el día).

SECCIÓN DE JEREZ

Asociación de obreros viticultores

Estado demostrativo de las cuentas generales perteneciente á la semana del 21 de Mayo al 27 del mismo de 1899.

	PTAS.	CSMS
Saldo anterior	494	50
Ingresos de cuotas. Total de ingresos	317	05
TOTAL	811	55
GASTOS DE LA SEMANA		
Pagado al rosario por la correspondencia de Arcos	00	75
Por una cuenta de impresos de las listas de grupos y targetas para los socios	29	75
A Manuel Núñez una peonada por arreglar las listas	5	25
A Francisco Cala una peonada por id. id.	3	25
Una libreta para anotar la recaudación	3	25
Id. id. para anotar los presentados	0	25
Seis cántaros para servicio de la sociedad	1	80
Tres pisapapeles	1	50
TOTAL	41	50

RESUMEN

Saldo anterior	494	50
Ingresos de cuotas en la semana	317	05
TOTAL	811	55
Gastos efectuados según comprobante	41	50
Saldo á favor	770	25

El Tesorero,

FRANCISCO COPER.

A los obreros agricultores

A vosotros, los más desgraciados de la clase trabajadora, los que sufris con más injusticia el chasquido brutal del látigo de la opresión de los privilegiados, en medio de tanta miseria y trabajos, y sois considerados como cosa sin valor que se desprecia por inútil; á vosotros os toca ahora formar en el ejército militante que se prepara y organiza para la conquista de los sagrados derechos del hombre.

Sois, de entre todos los obreros los más combatidos por la inicu explotación del hombre por el hombre, y la miseria en vosotros hace estrago feroz martirizando la vida honrada del trabajo que soportais, digna de las más altas consideraciones.

Pero los monopolizadores del fruto de la actividad ajena, creen que el desgraciado ganan no es un hombre que ha venido á la tierra con los natu-

rales derechos de que goza el resto de los hombres.

En el invierno, con el arado pasais los días crudísimos, sufriendo el frío, la lluvia y el viento huracanado para labrar la tierra y arrojar en ella la simiente que ha de producir el sustento de la sociedad entera, y mientras vosotros elaboráis y preparáis la producción, base del alimento, no coméis más que aquello puramente necesario para que la vida no pierda de una vez las fuerzas que han de emplearse, es decir, pan y agua.

En el verano bajo la lluvia invisible de un fuego abrasador que os achicharra las carnes, recogéis las mieses, fruto de vuestro trabajo del año, para llenar los graneros del explotador, que espera ansiosamente ver recogidos los frutos en su poder para realizar su balance de utilidades.

La recompensa de vuestros afanes, es la miseria y el desprecio, porque el misero jornal que ganáis no alcanza ni aún para lo más perentorio y esa misma vida de privaciones sería imposible, si vuestras mujeres e hijos no contribuyeran a ella con el esfuerzo del trabajo.

En la familia del agricultor, puede decirse que no existe la santidad del hogar doméstico.

El padre en el cortijo trabajando; si tiene hijos varones, desde muy corta edad ocupa su sitio entre la gleba del terruño para ganar el mendrugo del pan cotidiano.

La mujer y las hijas, si las hay, trabajan en los servicios domésticos como criadas de los mismos explotadores.

¡Amarga vida la del agricultor!
¿Para qué repetiros lo que á diario sufrís?

Vuestra vida de penalidades, bien la conocéis vosotros mismos, y ocioso sería pintaros el cuadro que representáis en la ingrata sociedad que tan malos mira.

¡Obreros agricultores! Vuestras amarguras y sufrimientos se remediarán únicamente formando la gran unión de los agricultores de la provincia de Cádiz.

En la asociación conseguiréis mejorar las pésimas condiciones del trabajo rudo del campo, y además como hombres conquistaréis el sagrado respeto de la dignidad y el derecho y dejaréis de ser desgraciado *ganán* que se desprecia como si no fuera un ser humano como otro cualquiera.

Si, honrados cortijeros; debéis asociaros como lo han hecho todos los gremios, para demostrar á la faz del mundo, que la rudeza del trabajo no impide el que vuestro espíritu de clase se aliente, y que tenéis conciencia de vuestro valer.

A la asociación solidaria, trabajadores del campo, que en ella, por vuestro propio esfuerzo, encontraréis lo que en razón y en justicia os pertenece.

UN OBRERO.

LATICAZOS

FUE EN BROMA

Según ha confesado el capataz de la bodega Mackenzie y Compañía, el haber bautizado el barril de los arrumadores fué por broma.

Pase por broma, aunque es algo pesada, ó aguada, como quiera decirse.

Lo cierto es que ya están de nuevo trabajando, los que despidió la semana pasada; más vale así.

Ahora que ya está todo como antes, (como antes de que echara el agua en el barril) no está de más que yo copie lo que cantaba un chiquillo hace unos días:

El capataz de Mackenzi es un cristiano muy fino, se demuestra con saber que bautiza hasta los vinos.

Predicar en desierto

Siguen siendo muy frecuentes los casos de tener que esperar los cadáveres algunas horas en la puerta del cementerio.

Ya que no es posible, por lo que se vé, que se haga un depósito para los pobres, como lo hay en todos los pueblos de España ¿no será posible acortar el número de horas?
El señor alcalde tiene la palabra.

MORATINITO.

EL MONTE IMPIO JEREZANO

NÚMERO 1

Suplicamos á los Sres. López de Carrizosa, siquiera por amor á la memoria del que fué su buen amigo D. Hilario Pina, á quien se lo tenían prometido, que no abandonen sus buenos propósitos de moralizar la cueva de la calle Francos, número 28.

La semana pasada, entre los mil desgraciados que acuden diariamente á dicho centro de impiedad, fué una pobre mujer á empeñar un buen pañolón, que hacia unos días le costó 30 pesetas y, para remediar las necesidades de sus cinco hijos y su marido, se le dieron por el empeño DOS PESETAS.

Menos las perras que se descuentan al empeñar algo en el benéfico establecimiento.

Y para eso paga el pueblo allí una caterva de empleados chicos y grandes.

Y para eso tiene el Monte un capital enorme. Y para eso...

Señores López de Carrizosa, que no se olvide el Monte: que entre otras cosas malas que se hagan, quede siquiera esta buena obra realizada.

Los confiteros

Compañeros: siguiendo la conducta tan digna de aplausos de nuestros hermanos los obreros de diferentes gremios que se han constituido en sociedad, tanto para socorrerse mutuamente, como para defender sus intereses en el trabajo y pareciéndonos que debemos de imitarlos, convocamos una reunión para el domingo 4 de Junio en el local de los toneleros, sito en la calle Escuelas, número 12, á las ocho y media de la noche, con el objeto de leer el proyecto de reglamento por el cual se ha de regir la sociedad que tanto bien le ha de reportar á nuestro gremio.

Compañeros: ¿Seremos nosotros menos que nuestros hermanos de los demás oficios? ¡no y mil veces nó! ha llegado la hora de demostrarlo y lo demostraremos.

Convencidos de que acudireis para ayudarnos en nuestra empresa, nos despedimos hasta el domingo.

Compañeros: ¡Viva la unión!

LA COMISION.

LOS CARPINTEROS

Desde la noche de la asamblea que tuvo lugar en el local de los toneleros hasta el presente son muchos los obreros de este gremio que se han inscripto en lista.

La comisión organizadora trabaja sin descanso para lograr su propósito y muy en breve elevará a la superioridad el proyecto de reglamento para poder constituirse en sociedad.

Los carpinteros de coches y de carros podrán pertenecer á esta sociedad: lo hago saber por tener entendido que, si no todos, la mayoría lo ignoran.

UN COMPAÑERO.

ESTATUA Á CASTELAR

Cádiz, por acuerdo de su Ayuntamiento, levantará una estatua á Castelar en la plaza de su nombre. El pensamiento, iniciado por los republicanos y hecho suyo por el Municipio, es digno de todo encomio, y debe llevarse á la práctica cuanto antes.

Castelar no es sólo una gloria de España, sino del mundo entero. Y Cádiz, al tributar ese homenaje de admiración al hombre esclarecido que acaba de morir, se honra y enaltece.

Es cuestión de orgullo santo, de dignidad, de patriotismo, de estricta justicia, levantar esa estatua en Cádiz al inmortal historiador democrático, al que tanto ha sublimado el nombre de su pueblo natal con las obras incomparables de su divina inteligencia.

EN BROMA

BERNARDO EL CHIFLADO

Este pobre hombre, que dicen que ha actuado de carlista, y ahora es uno de los integristas más ardorosos del grupo de Pineda, Carcunda y compañía, es objeto en Cádiz de la burla de los alegres y de la indiferencia general, que le reputa por lo que es indudablemente, por un chiflado.

La gente se rie de sus ardores religiosos y de su propaganda de pegar corazones en todas las puertas y portones donde lo dejan. Porque en algunos y algunas no le han consentido pegar nada, y se ha ido el pobrete con el rabo entre piernas y algún puntapié en el trasero, á pegarse golpes de pecho.

Los integristas debían mandar recoger á ese tipo en una celda del Manicomio siquiera para que no pusiese en ridiculo su religion; pero cuando no lo hacen, razón tendrán para dejarlo tontear por calles y plazas haciendo el oso y hasta las delicias de la gente desocupada.

Ese pobre hombre, que siempre está hablando contra los políticos, especialmente contra los conservadores y los liberales, está comiendo por la misericordia de éstos, pues está empleado de portero en las oficinas del gobierno civil.

Si quiere farolear tanto, ¿por qué no vive de su trabajo, y no de la limosna que le dan ó han dado, por lástima, conservadores y liberales?...

Es también Bernardo poeta carcunda. Se firma *El solitario de Cádiz*, y dice cada disparate que tiemblan las esferas. Es el único poeta que le ha salido en Cádiz al integrismo; y no se puede negar que es el cantor pintiparado de los ideales de Pineda. Sus versos son berzas; sus sublimidades hacen reir soberanamente; su estilo es propio de un chiflado. En la oficina donde mama un sueldo de los pícaros liberales, de quienes abomina, le llaman *La espada de Bernardo*, que, como se sabe, ni corta ni pincha.

Les he advertido á Vds. todo esto, lectores cariñosos, antes de seguir adelante, para que no les pueda causar sorpresa lo que pasó á ese chiflado el lunes por la noche. Sentadas las premisas, eran naturales las consecuencias. Si Bernardo, en vez de estar en su oficina, se puso á pegar ó clavar (que es más grave) *corazones* en las puertas de la calle Ancha, ó á decir rufianerías porque otros los pusieron, el público alegre no necesitó más; se le dió el tempara regodearse á su costa un rato.

Los guasones, que aquí abundan que es una bendición de Dios (él nos conserve siempre ese buen humor) empezaron á *sisearle*; los chiquillos á decirle: ¡que te pillan Bernardo!, y los curiosos á seguirle preguntando: ¿y este quién es?; y naturalmente, ya el pescado estuvo vendido...

Bernardo se sobrecogió; recogió los *corazones*, ó sean sus trastos de matar pulgas, y se dió á la huida, como si le remordiera en algo la conciencia.

Pero el público quería ya un rato de broma y siguió á Bernardo jaleándolo, diciéndole bromas, mandándole al excusado, riéndose de su azoramiento injustificado.

La bulla creció y la chacota llegó á su punto, cuando le vieron torcer por

la calle de Sagasta, dirección directa para la casa de locos. ¡A Capuchinos vá! exclamaban los guasones; ¡va para Capuchinos!, repelían los infinitos curiosos que le honraban siguiéndole, como si fuera un héroe.

No se puede negar que Bernardo se dirigía á la casa de locos, donde ya debía estar hace mucho. Pero en la mitad del camino, se acordó, aunque chiflado, que estaba la botica de Bascañana, y a ella se acogió como asilo de su salvación.

Y allí entró como alma que llevaba el diablo, todo asustado, diciendo: D. Lucio, D. Lucio, los demonios me persiguen. Salveme Vd. Llame Vd. á Pineda. Pronto, un calmante.

Y mientras Bernardo contaba sus fatiguitas por *pegar* corazones, los guasones, cumplida su alegre tarea, se retiraban comentando el suceso, sintiendo que Bernardo no hubiese seguido hasta el Manicomio.

A donde lo llevarán con el tiempo. Ya que él no ha querido ahora ir por sus *pinreles*.

Adios, Bernardo, y cuidadito con otra.

DISPOSICION ACERTADA

El Sr. Alcalde de Cádiz merece los aplausos del vecindario por haber mandado á quitar el martes de algunas casas de la calle Ancha los latones que representan una figura tosca de hombre con un pedazo de corazón que parece una rueda de calabaza.

Esos latones, que dieron lugar á la lata que le dieron á Fray Bernardo el chiflado, están muy bien quitados, y servirá lo hecho de aviso para que ningún jesuita, aunque se llame Bayo, ni ningún Bernardo, aunque sea el del Carpio, se atreva á farolear ni tontear.

El ornato público prohibe verificar tales marrachadas. Una multa á los que quieran exhibir tales adesios y dos días de prevención á los que quieran bernardear, y ya está todo listo.

Los latones dicen: *Reinaré*. Pero el muñeco del corazón de calabaza, ó sea Don Carlos, ó el Judas del jesuitismo, donde va á reinar, de seguro, es en el común.

Y dice Bernardo que hay dos mil.

¡Pues á la privada con ellos!

HIDROFOBIA INTEGRISTA

Las furias del Averno, en forma de integristas, han gritado en Cádiz como energúmenos con motivo de la muerte del gran Castelar, cometiendo la inaudita imprudencia de tratar de rebajar los méritos del insigne hombre público é inmortal literato con censuras apasionadas.

Tales inconveniencias no merecen más que el desprecio. Querer herir los sentimientos democráticos del vecindario de Cádiz con motivo del fallecimiento de uno de sus más preclaros hijos, es el colmo del atrevimiento, el complemento de la presunción.

Esas voces aisladas de la injusticia y de la soberbia solo han servido para aumentar el número de las alabanzas.

TOS CONVULSIVA

Jarabe Tónico Pectoral del Doctor G. J. y Borrero.

Cura la tos consulsiva y toda clase de toses, cualquiera que sea su procedencia.

Drogueria de D. Ramón Casal, Calle Novena.

PRECIO DEL FRASCO: 3 PTAS.

TALLER DE CAMISE RÍA

JOSEFA DE AMÉZAGA

CERVANTES 41.—CADIZ.